



Nicolás Lynch

¿Se frustró la transición?

La esencia de la presente transición a la democracia es la lucha contra la corrupción y si la clase política vacila en este punto la transición se congela, o, lo que es peor, se frustra. Y esto ¡jojo! No significa un recodo en el camino, sino, muy posiblemente, el suicidio de esta democracia. Los sucesos de los últimos días no admiten dudas al respecto. La transición fue posible porque se destapó la olla de la corrupción y si a uno de los protagonistas de este destape, el Dr. José Ugaz, lo ponen a la altura de los corruptos están invalidando todo el proceso político vivido en los últimos dos años y medio.

Lo trágico es que esta situación los arrastra a todos y puede hasta arrastrarnos a todos. Los arrastra a todos porque gobierno y oposición aparecen juntos en esta descalificación del esfuerzo anticorrupción y puede arrastrarnos a todos porque, más allá de que unos más que otros estemos activos en el esfuerzo de la construcción democrática, esta transición es fruto de todos aquellos que emprendimos y ganamos la lucha contra la dictadura.

Los líderes, considerados demócratas, con la excepción de Lourdes Flores, han sido especialmente lentos en reaccionar frente a los últimos sucesos. Alan García, muy locuaz cuando quiere serlo, no se ha comprado el pleito de la lucha anticorrupción y el Presidente Alejandro Toledo, si bien por su cargo no tiene el mismo papel que los otros, tampoco establece el liderazgo definitivo sobre el tema. ¿Qué los amarra? Esa es la pregunta que flota en el ambiente y que ellos deberían de inmediato responder para no llevar a malos pensamientos de ningún tipo.

Hay, por lo demás, una verdad de Perogrullo que es

muy duro de entender para nuestra clase política. Si fracasa el esfuerzo anticorrupción gana la mafia de Fujimori y Montesinos, con todo lo que esto significa en términos de regresión política, para los maestros además de la regresión política, si no acordémos del cinco de abril de 1992.

Soportar una regresión luego de tanto esfuerzo por deshacernos de la autocracia sería terrible y podría llevarnos a postergar durante largos años la viabilidad del proceso democrático en el Perú.

Quisiéramos ser optimistas, por más que cueste en

momentos como este, y decir que la suerte no está echada para la transición. La clase política puede todavía ponerse a la altura de las circunstancias y ajustar las clavijas necesarias para limpiar la casa. Lo que sí queda claro es que por más iluminada que reaparezca ya no podrá hacerlo sola sino que se verá obligada a hacerlo de la mano con una sociedad organizada que cada vez más resulta indispensable para llevar a buen puerto la tarea.

Ahora bien, si hoy quienes están en el liderazgo no asumen esta tarea, ponen en peligro el régimen en su conjunto. Ya no sólo se trataría de la vacancia presidencial o de la descalificación de tal o cual personaje sino de algo mucho peor, el desplome del edificio democrático.

Nuevamente se empezaría a erosionar lo mismo que motivó el colapso de la dictadura: la legitimidad política de los que mandan. No permitamos que se llegue a este extremo atroz. Legitimar en política significa creer. La legitimidad es el tesoro más preciado de un orden político, en especial de uno que queremos seguir creyendo que es democrático.

La legitimidad
es el tesoro
más preciado
de un orden
político.